

## RECUERDOS DE LAS BODAS DE LOS AÑOS CINCUENTA

En los años cincuenta los noviazgos y las bodas eran bastante diferentes de cómo son ahora y aunque el amor entre dos personas siempre será eterno, las costumbres y formas de hacer en las relaciones amorosas, han cambiado mucho.

Por eso, es interesante escribir algunas pinceladas que harán recordar con nostalgia a nuestros abuelos y abuelas y que leerán con sorpresa los más jóvenes.

### NOVIAZGO

El cortejo siempre empieza con miradas.

En los años cincuenta, se trabajaba muy duro y había pocas ocasiones para “echar el ojo”.

Pero el amor todo lo puede y cualquier motivo servía. Las tareas del campo, cuando las mozas iban a buscar el agua, (recordemos que no había agua corriente en las casas), las ferias del pueblo, las bodas de familiares, la salida de la misa dominical...

Siempre era el chico el que “tomaba la iniciativa” pues las costumbres del noviazgo de entonces seguían unas normas tradicionales.

Pasear la calle: El mozo se ponía enfrente de la casa de la moza a la que pretendía y paseaba por la calle donde vivía o esperaba en alguna esquina por la que tenía que pasar la moza.

Los regateos: Cuando se encontraban en la calle, el mozo requería a la moza y procuraba hablarla. Entonces la moza se “hacía valer” y le esquivaba y fingía que no le quería (**regateaban**).

El mozo que de verdad estaba interesado tenía que insistir mucho tiempo, meses y a veces un año o más, hasta conseguir iniciar la fase de noviazgo propiamente dicha.

La mujer siempre tiene que disimular sus sentimientos y hacer como que no le interesa el mozo, pues según las costumbres de la época si cede pronto a los requerimientos de amores se la consideraría como una “mujer fácil”.

Esto, a veces, daba lugar a malos entendidos, pues si una mujer no quería a ése pretendiente podía tardar mucho tiempo en hacerle entender que era de verdad lo que decía y que no estaba fingiendo ni haciéndose de rogar. También, a veces, la insistencia del mozo, hacía que la moza cambiara de opinión y llegara a interesarse por el que tanto insistía.

En la fase novios, lo normal era que otras personas estuvieran presentes y entablar a solas una conversación era muy difícil.

Podían hablar a solas a través de la reja de la ventana, por los balcones, por los ventanillos de las puertas, incluso había parejas que hablaban por los albañales.

Las familias tenían que estar de acuerdo y ser conformes con el noviazgo y cuando el mozo pasaba por primera vez a casa de los padres de la novia, les preguntaba: “Si son ustedes gustosos de que siga pasando, sigo pasando” y el padre le respondía: “Si vienes con formalidad sigue pasando, si no vienes con formalidad, no pases”

A veces sucedía que el padre negaba la entrada al mozo porque las familias no aceptaban el noviazgo. En ésta copla podemos leer el final de las parejas que se querían a pesar de todo:

Si tu madre no quiere  
la mía menos,  
haremos nuestro gusto,  
nos casaremos.

## LA BODA

Normalmente la época elegida para casarse eran los meses de noviembre o diciembre porque las labores del campo eran menos y no había recolectas. Esto creaba un pequeño problema porque las **velaciones** estaban cerradas.

El diccionario de la lengua española (DRAE) define **velación**, en su segunda acepción así: “*Ceremonia instituida por la Iglesia católica para dar solemnidad al matrimonio, y que consistía en cubrir con un velo a los cónyuges en la misa nupcial que se celebraba, por lo común, inmediatamente después del casamiento, y que tenía lugar durante todo el año, excepto en tiempo de Adviento y en el de Cuaresma.*”

Si la pareja se casaba con las velaciones cerradas, tenían que volver a la Iglesia a recibir las velaciones cuando se abrían.

El vestido: lo normal era que la novia fuera con un traje o vestido de calle que generalmente era negro. Si el dinero daba para ello era nuevo y si no, se pedía prestado. A veces, la novia tenía promesa y se casaba con hábito.

Poco a poco se fue poniendo de moda casarse con un vestido blanco y de largo, si no habías tenido un hijo antes de casarte.

La comida: Se hacía en la casa del novio. El día de la boda por la mañana, era costumbre dar a los invitados un chocolate con bizcochos en la casa del novio .

La comida, que también se hacía en casa del novio, consistía generalmente en oveja guisada, llamado también “salsa de cordero”.

De postre arroz con duz (arroz con leche).

A la comida seguía un baile con bandurrias y guitarras que tocaba la gente del pueblo. A éste baile asistía toda la gente del pueblo, aunque no fuesen invitados de la boda.

Después se empezaron a celebrar los banquetes de boda en casa de “La Tía Visita” y la música del baile se hacía con música del manubrio, que era un organillo que tenía en su interior un cilindro con púas, encerrado en un cajón portátil y que era accionado por un manubrio o manivela.

Dos días después de la boda, los novios iban casa por casa de la gente que habían invitado a pedir el dinero.

El escaso dinero que se obtenía se dedicaba a comprar alguna tierra, una casa, una oveja o cosas necesarias para empezar una vida en común. Desde luego lo que no hacían era irse de luna de miel porque no tenían dinero para ello.

## MATANZA

La matanza no solo representa, de forma escueta, el sacrificio del cerdo que cada familia realizaba tras el engorde anual, sino un ritual laico lleno de implicaciones variadas de raíz antropológica. Reflejando cabalmente, un ceremonial de la abundancia, o incluso, cierta posición económica holgada. Cuando el año venía bien, se compraba un cerdo y su sacrificio reflejaba, tanto una bonanza pasada, como un presagio de serenidad hacia el futuro venidero. Al filo de los primeros fríos, tocando San Martín y la Purísima y como un anticipo de la subsistencia necesaria del próximo invierno, se procedía al sacrificio del animal que había sido engordado con atención y que se destinaba, básicamente al autoconsumo familiar. [...] La matanza congrega a los próximos, vecinos y amigos, que colaboran en el día señalado con las pruebas de la moraga y del somarro. Junto a ellos y por encima de todos el matachín y sus cuchillos afilados. Esta figura, que es un matarife, mataba el guarro tras el arrastre desde la cochinería y más tarde procedía a su despiece ordenado. La resistencia del animal a salir de su pocilga, arrastrado por un gancho de acero y sus formidables gruñidos, actuaba como un despertador que daba inicio a la función; para concluir tras todo el proceso de despiece, troceado y elaboración, con las primeras notas del crepúsculo con la limpieza de peroles y cacerolas. Mientras se había embutido el chorizo y la morcilla y se habían salado los jamones y las paletillas, los lomos y costillares se colocaban en una artesa colmada de sal gorda, iniciando un largo viaje de espera, que duraría un año. Otra vez hacia San Antón, se seleccionaría un lechón para iniciar nuevamente el ciclo que desembocaría en san Martín, con el ruido de cuchillos y el olor a cebollas del día anterior.[...]